

BOTAS Y ESPADAS EN LA SECRETA SOCIEDAD DE LA ESCUADRA Y EL COMPÁS: LA MASONERÍA Y LOS MILITARES EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

Alberto Valín Fernández*¹

*“¡Qué enemigo más difícil de vencer!
No se le ve, está en todas partes y
mediatiza a las más altas jerarquías”¹*

Sumario

Se estudia en este trabajo cómo se fue gestando el *imago* o *constructo* «*militar, liberal y masón*» que tanta importancia, nacional e internacional, llegaría a tener durante el siglo XIX y parte del XX, y que se creó a partir de la conspiración correspondiente a la subversión liberal que, desde 1816, se fue fraguando en la España absolutista, utilizando a las logias militares como estructura organizativa clandestina.

Abstract

This work studies the shaping of the “*militar, liberal & Mason*” construct or *imago* which came to have such great national and international importance, during the 19th and part of the 20th centuries; and which was created from the conspiracy related to the liberal subversion that had been brewing since 1816 in absolutist Spain, using the military Lodges as a clandestine organizational framework.

EXORDIO

Botas y espadas, objetos tan característicos del militar de todos los tiempos se introducen en este discurso que iniciamos en una sociedad secreta que también conoce la utilización de romas espadas rituales y que también asimila costumbres caballerescas que se retrotraen al Medioevo. La sociedad del compás y de la escuadra, símbolos prototípicos que, por separado, ensamblados o contrapuestos han representado en la historia medieval, moderna y contemporánea a los gremios o asociaciones corporativas fundamentales del ámbito constructivo: el de la cantería y albañilería y el de la carpintería y que, cruzados o contrapuestos verticalmente se vienen asociando popularmente, desde el siglo XVIII, a una secreta forma de sociabilidad muy particular envuelta, en muchas ocasiones, por el misterioso e imaginativo velo del mito: la masonería o hiramismo. Con ella, nos encontramos, por un lado, ante una de las formas institucionales de sociabilidad burguesa más antigua de la contemporaneidad universal y, por otro, ante la última sociedad iniciática de la cultura o civilización occidental, sobreviviendo en la actualidad más

*1: Alberto Valín Fernández es profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Vigo, y miembro del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española. Este artículo vio la luz en la revista *Anuario Brigantino*, nº 27, Ayuntamiento de Betanzos (A Coruña), 2004.

bien que mal, dado que hoy en el planeta esta particular elite sobrepasa, con holgura, los siete millones de personas.

Compás que, en la masonería o hiramismo simboliza el mundo del espíritu, el pensamiento, el cielo, las posibilidades que conlleva el conocimiento y, deontológicamente, también viene a representar para el masón la herramienta moral de la medida exacta: «El compás te debe recordar siempre hasta dónde llega -o cuánto mide- tu individualidad con respecto a los límites donde empiezan las de tus hermanos».

La escuadra, por lo general ubicada en la parte inferior del espacio abarcado por el compás, simboliza básicamente la rectitud moral del masón y, por lo general, también representa la tierra o el mundo material donde al iniciado «le encadenan sus pasiones», por eso, como nos dice el *Diccionario Enciclopédico de la Masonería* de Lorenzo Frau y Rosendo Arús, «el verdadero masón se encuentra siempre entre la escuadra y el compás, para expresar que está desprendido de las afecciones materiales, de las cosas terrenas y que sólo anhela unirse a su celeste origen».

Como ya hemos repetido en varias ocasiones, esta asociación, procedente de los gremios de la construcción medievales, fue fundada, tal y como es más o menos en el presente, en Londres en 1717. A pesar de que, debido a su singularidad y a las diferentes y heterodoxas desviaciones o escisiones que ha tenido en estos casi trescientos años de historia contrae la apariencia de ser algo inefable o, por lo menos, difícilmente explicable, se puede intentar definir como una discreta y jerárquica sociedad de apoyo mutuo con una antiquísima práctica de democracia interna, de índole iniciática y honda idiosincrasia mística o religiosa que, teóricamente, persigue la declarada ambición de convertirse en una influyente, moralizante y tolerante elite para, de esta manera, poder conseguir su humanitarista aspiración primordial basada en la gradual superación ética del individuo cara a alcanzar, por el camino de la tolerancia y de una suerte de práctica pedagógica de educación integral, su cosmopolitista utopía finalista cifrada en la consecución de un mundo perfecto gracias a la universal expansión de los lazos de la auténtica fraternidad.

Desde casi los años fundacionales de esta particular forma de sociabilidad de la que hablamos, durante la primera mitad del siglo XVIII, esta secreta y masculina sociedad se vinculó estrechamente con el ejército británico, creándose, entonces, las llamadas «logias militares». Desde muy pronto esta masonería militar se fue expandiendo por todo el mundo, o la zona de éste que pertenecía al extenso Imperio británico. De ahí la vieja vinculación entre la institución militar y el hiramismo. Más tarde, será la Francia de Napoleón, con su singular y «revolucionario» nuevo imperio, el que utilice este tipo de masonería de milicia para sus fines imperialistas, asimilando al hiramismo francés a su Estado imperial, fomentando su expansión por los territorios invadidos e instrumentalizándolo como elemento cohesionador entre los «bondadosos y filantrópicos» invasores y los «concienciados» invadidos.

El espacio de sociabilidad de la masonería o francmasonería es la logia o «taller», entendiéndose entonces a ésta como una elitista unidad formal de sociabilidad urbana y *urbanizadora* entre el esoterismo, el mutualismo, la filantropía, la integral reproducción del *ethos* burgués y, según en qué épocas y naciones, la politización liberal.

Estamos entonces ante un tipo específico de sociabilidad formal que, en su escalafónica estructura orgánica, mantiene una antiquísima y paradigmática práctica estatutaria de democracia interna que sería copiada por infinidad de sociedades, parlamentos, claustros de universidades, etc., y que, funcionalmente, contrae un sin fin de múltiples ejercicios: interacción social, apoyo mutuo, entretenimiento, formación cívica e ideológica, beneficencia... Pero debemos subrayar el hecho relevante de su

especificidad que, indudablemente, va a radicar en su propia estructura orgánica como sociedad iniciática y, por ello, secreta, reservada y profundamente íntima, categorías éstas que la distinguirán del resto de las distintas formas de sociabilidad burguesa institucionalizada o formal como los clubes políticos, los ateneos, los liceos, los gabinetes de lectura, los círculos, los casinos, las sociedades de librepensamiento, etc. Aunque, según en qué épocas y en qué lugares, la logia masónica llegará a desarrollar funciones en cierta manera semejantes -en cuanto a las distintas formas de organizar el ocio- a la de este tipo de instituciones como, verbigracia: su biblioteca, su «sala de pasos perdidos», donde se hablará abiertamente de política, de negocios y de cualquier otro tema, sus variadas tenidas como las de «masticación» o banquetes, las de bautismo o adopción de un infantil «lobetón», las «fúnebres», las «blancas abiertas» o sesiones de logia donde se imparten conferencias con la presencia de familiares y profanos, las fiestas solsticiales, el excursionismo, donde a la instructiva jira irán los masones, las masonas y los «lobetones» -si la logia masculina posee «logia de adopción»-, o sus familiares y amigos si la ocasión lo permite, etcétera.

MARCO DE REFERENCIA

El paradigma romántico va a traer consigo la secularización, sincretización y suplantación de los sacralizados mitos criptomilitares del imaginario colectivo occidental, como Hércules, San Miguel, San Jorge, Santiago Matamoros, etc., reconvirtiéndolos en nuevos arquetipos, esta vez más o menos laicizados por medio de la nueva fe revolucionaria, como Napoleón, Riego, Garibaldi, ...

Recordemos que en esta consciente búsqueda por «divinizar» al héroe revolucionario, el mismo pintor jacobino Jacques-Louis David con su *Marat asesinado* buscó volitivamente entronizar en el nuevo panteón al revolucionario, confundiendo alevosamente su imagen con el referente iconográfico tradicional del dios muerto cristiano de los descendimientos. El propio emperador francés citado llegará, contradictoriamente con los cada vez más enfriados aires de la Revolución, a intentar crear una nueva devotio estatal o imperial con su San Napoleón.

Esta costumbre de reemplazar a los clásicos referentes sagrados por nuevos arquetipos laicos dentro de los procesos revolucionarios contemporáneos llegará hasta nuestros días, desde la faraónica locura estalinista del culto a la momia de Lenin y a su icono abundantemente repetido hasta la saciedad durante aquella larga dictadura, pasando por el culto maoísta de la China comunista, hasta llegar a la actual Cuba castrista y a su rancio y carcomido retablo compuesto por sus sacralizados José Martí, Camilo Cienfuegos o el ecuménico Che Guevara, referente este último tantas veces alevosamente confundido con el del universal dios galileo Jesús de Nazareth.

Indudablemente, tenemos que reconocer el hecho de que, a pesar de las sobresalientes proyecciones biográficas de los muchos militares que, como Castaños, Porlier, Riego, Espartero, Narváez, Prim, Pavía, Primo, Galán, etc., jalonan, puede decirse que todos los acontecimientos más destacados de la historia contemporánea española, el general Franco va a ser el personaje que más sobresalga de todos ellos.

Este militar ferrolano que, hasta su muerte, dominará con su personalista y omnímodo poder casi un cuarto del total cronológico de la contemporaneidad de su nación, o, dicho de otra manera, una quinta parte exacta de la actual historia contemporánea de ese conjunto de definidas etnias denominado España (1808-2004), va a servirnos de adecuado marco inicial o referencial a nuestro introductorio discurso histórico sobre la influencia que la francmasonería llegó a tener en el ámbito militar español y de cómo se fue creando y manteniendo vivo en el imaginario colectivo, tanto de la España liberal o

progresista como de la antimasonónica España reaccionaria, el *constructo* «militar, liberal y masón».

La idoneidad de Francisco Franco va a venirnos determinada por varios y obvios motivos relevantes como, por ejemplo: ser, con Fernando VII, el estadista que con más volitiva crueldad ha perseguido y reprimido a esta particular forma de sociabilidad burguesa; ser un consumado lector de una buena parte de la obra antimasonónica publicada en los siglos XIX y XX, llegando a ser él mismo autor de esa misma publicística; ser, todavía hoy, un sujeto histórico sospechoso de haber intentado que se le aceptase por la masonería española en territorio marroquí durante su largo destino africano; y, en suma, contraer las características personales del militar africanista tipo, dentro, eso sí, de la tendencia política más conservadora de su generación, como sus compañeros de armas y destino africano, Juan Yagüe o Camilo Alonso, poseyendo también -salvando sus a todas luces exageradas obsesiones personales como la propia masonería- un pensamiento típico en relación a esta forma de sociabilidad como oficial conservador del ejército español de su época.

Su propia estructura mental cien por cien reaccionaria -profundamente católica y antiliberal-, sus íntimas veleidades o ensoñaciones aristocráticas en relación a su origen genealógico, su firme y convencida creencia de saberse un elegido de su dios para redimir, por medio de una “Santa Cruzada” a su “Patria”, su natural perfil introvertido, sobre todo a partir del cierre de la Academia Militar de Zaragoza, nos muestran a un sujeto psicológico excesivamente autocontrolado o reprimido que, sin llegar al extremo psicótico paranoide de crearse una realidad alternativa, va a imponer desde su privilegiada situación de dictador sus propias obsesiones personales a la sociedad, incorporándolas -por ley- al discurso doctrinal oficial de su Estado totalitario.

“¡Qué enemigo más difícil de vencer!” Esta exclamación escrita por Franco para incluirla en los diálogos del proyecto de guión que, nada más iniciada la posguerra, va a escribir en la victoriosa soledad de su escritorio con la idea de darle más tarde un soporte fílmico -lo que será la película *Raza* de José Luis Sáenz de Heredia-, expresa excelentemente la íntima obsesión de este militar español con relación a la masonería.

Más tarde, en 1952, compendiará el dictador en un libro intitolado *Masonería*, cuarenta y nueve artículos que, con la colaboración de Luis Carrero Blanco y Ernesto Jiménez Caballero, había ido publicando en el diario falangista *Arriba*.

En esta obra, como también en infinidad de sus discursos políticos, volverá Franco a repetir hasta la saciedad la idea axial antimasonónica de todo su pensamiento personal, idea que, por otro lado y como ya adelantamos más arriba, venía a ser fiel reflejo de una tendencia historiográfica y periodística muy abundante y generalizada en los discursos de una de las dos Españas machadianas: la clerical católica; es decir, la España “negra” de “los hombres de orden” que, desde el mismo inicio de nuestra contemporaneidad, venía sosteniendo esta reflexión sobre la masonería y que, prototípicamente, nos ofrece -con exageración casi caricaturesca- el pensamiento de este militar ferrolano, veamos, como ejemplo, un sustancioso fragmento del artículo publicado en *Arriba*, el 11 de diciembre de 1949, y que, como se podrá apreciar, abarca sintéticamente esta particular y pesimista visión histórica de España:

“Mirando a la masonería desde el ángulo de lo patriótico, su historia no puede ser más triste y desgraciada. La masonería fue el arma que el extranjero introdujo en España para destruir la autoridad real y dividir a los españoles, el medio con que se minó y destruyó la fortaleza española, el instrumento que ingleses y franceses utilizaron desde hace siglo y medio para influir y mediatizar a nuestra nación. Todos cuantos sucesos revolucionarios se provocaron en el siglo XIX fueron dirigidos y explotados por la masonería: la emancipación de los pueblos de América, las traiciones de Riego y de

Torrijos, la pérdida de las Colonias, la revuelta sangrienta de Barcelona, la proclamación de las dos Repúblicas, la revolución de Asturias en el año 34, todas cuantas desdichas en siglo y medio España vino sufriendo, y hasta la impunidad de sus autores, es obra de la traición masónica.

Si a los tiempos presentes nos ceñimos, en ella encontraremos la base de la conjura contra nuestra nación. Nuestro renacer católico y nuestra voluntad de grandeza están en pugna con el destino que la masonería había marcado a nuestra nación. No en balde religión católica y España fueron los blancos de la masonería internacional a través de todos los tiempos.

Si hemos de perseverar en nuestra fe y seguir persiguiendo nuestra independencia y nuestra grandeza, hemos de resignarnos a llevar a la masonería por algún tiempo colgada de los pies.”²

En cuanto a su idea sobre la -para él nefasta- influencia que esta sociedad secreta había ocasionado en el ejército, la plasmará este militar en un artículo publicado ya el 5 de noviembre de 1950. Aquí tenemos que recordar de nuevo que lo vertido por Franco viene a representar, *grosso modo*, el pensamiento general de todos sus compañeros de armas en plena dictadura. En dicho trabajo periodístico intitulado “La masonería contra el Ejército”, además de aprovechar la ocasión que se le brinda para ofrecer su personal compendio deontológico de todo buen militar: “...donde el culto a la Patria ocupa el primer puesto; el honor ese espejo en que el militar debe mirarse; la justicia la base inequívoca de su disciplina, y el renunciamiento y la abnegación, el campo en el que el deber se sirve”,³ nos muestra su visión sobre la influencia que la masonería ocasionó en la milicia española: “Hemos visto a la masonería servir sus designios, no sólo por encima de las conveniencias patrias, sino trabajar directamente contra esos intereses; por eso, para nosotros, mancilla el juramento que prestó a su nación el militar que se afilia en las logias masónicas y, con la entrega de su libre albedrío, subordina el cumplimiento de sus deberes y juramentos con la Patria a cuanto la masonería le impone”⁴.

Más adelante, aborda Franco un tema bien conocido por él por diferentes y variados motivos personales: la negativa influencia de la masonería o hiramismo dentro de la estructura orgánica militar, denunciando en esta ocasión dos situaciones muy frecuentes en los cuerpos militares de todos los tiempos y de todos los países, desde la existencia de las llamadas logias militares a principios del siglo XVIII. Por un lado, la fácil posibilidad de que se transgreda la rígida estructura jerárquica del propio ejército al solaparse o sobreponerse la también rígida y estatutaria jerarquía masónica a la propia de la milicia y, por otro lado, la obvia posibilidad del típico ejercicio de nepotismo llevado a cabo, tanto fuera -desde el gobierno- como dentro de la propia institución militar, por los miembros de esta secreta o discreta sociedad de apoyo mutuo.

La primera de las cuestiones o asuntos citados por Franco, el hecho de juzgar a la masonería como elemento subversor de la jerarquía militar, fue siempre un tema de discusión tertuliesco y periodístico muy manido en todo ambiente militar y político conservador y, es justo decirlo, posee obvias connotaciones de auténtico criticismo racional, siendo además este quebranto de la disciplina para la mentalidad militar de todos los tiempos, algo muy serio y peligroso, como también recordará el profesor Payne en su obra clásica sobre los militares y la política en España.⁵ Este artículo del general ferrolano aborda el asunto de la siguiente manera: “Si a la disciplina contemplamos, nada más monstruoso en ese orden que la subversión de grados a que la obediencia masónica fuerza a los militares. La subversión de grados en el Ejército y la Marina ha sido uno de los procedimientos que la masonería empleó para minar la disciplina de los Cuerpos militares. Bajo la desdichada República que a los españoles

nos tocó sufrir, y en que salieron a la luz tantos malos humores, se presentó frecuentemente el caso de ver a altas jerarquías militares tomar en las logias asiento bajo la presidencia de un maestro masón subalterno de su oficina. ¿Puede haber algo más contrario a la jerarquización, a la dignidad y al honor militares que estas denigrantes realidades que los Ejércitos suelen vivir cuando la desmoralización masónica penetra en sus filas?”⁶

La segunda situación adelantada, la referente a la práctica del nepotismo masónico por prácticas de origen externo o interno al propio cuerpo armado, la trata Franco de la forma que sigue:

«Mas en este terreno de la disciplina la masonería nos ofrece una faceta más: la de la protección y el apoyo obligados entre los hermanos masones sobre cualquiera otra consideración, y, así, el verdadero mérito se posterga y la equidad y la justicia salen harto malparadas. Siendo el mérito y la elevación por él la base para el progreso en las instituciones armadas, no puede haber nada más desmoralizador para ellas que la presencia de masones en los puestos superiores del mando.

Si estas consideraciones no fuesen bastantes, podemos añadir que la casi totalidad de las desdichas que el Ejército y la Marina españoles sufrieron en el transcurso del último siglo caen en la cuenta de la masonería. Nos basta trasladarnos al ambiente de aquel siglo desgraciado, en que desde el ingreso en el Cuerpo de oficiales hasta el generalato todo se alcanzaba por gracia real, que los ministros masones administraban, para comprender mejor la facilidad con que la masonería pudo corromper los institutos militares, arrojando desdichas y más desdichas sobre nuestra Patria.”⁷

CREACIÓN DEL *CONSTRUCTO*: “MILITAR LIBERAL Y MASÓN”

Durante todo el siglo XIX y parte del XX, en los medios políticos liberales, progresistas y republicanos, tanto en ambientes militares como civiles, se mantuvo siempre vivo a lo largo de las sucesivas generaciones en su, permítasenos decir, subconsciente colectivo, una especie de reputado *constructo* simbólico en directa relación o asociación al hecho de ser “masón y revolucionario”.

En cuanto al ambiente estrictamente militar, dicha imagen referencial poseyó si cabe mayor fuerza -siempre, como es obvio, dentro de los ambientes de la milicia políticamente avanzados-, al tener dicho *imago* como origen histórico la romántica figura del militar conspirador liberal de los periodos absolutistas de la monarquía fernandina y cuya personalización más prototípica vino a ser Rafael del Riego y Flórez, creador, por otro lado, del revelador hispanismo “pronunciamiento” y de la infausta tradición militarista de la historia española, si olvidamos las truncadas intenciones constitucionalistas de Porlier, Lacy, Vidal, ..., y la no muy bien estudiada presión que las altas jerarquías militares ejercieron ante Fernando VII, en 1814, para que éste diese el golpe de Estado anticonstitucional, como recordó, en el inicio del capítulo segundo de su ya citado trabajo sobre el ejército y la política en España, Stanley G. Payne.

En el proceso de difusión o vulgarización de esta suerte de proyección cultural de la masonería como un misterioso ente cobijador del mito romántico liberal del “heroico” militar constitucionalista ha tenido mucho que ver, no sólo la lógica transmisión oral llevada a cabo en los típicos ambientes familiares, cuarteleros, de café, casino o logia masónica, sino -y he aquí la paradoja- la profusa publicística complotista antiliberal, iniciada, como ya estudiamos en otra ocasión,⁸ desde finales del siglo XVIII, en torno al fenómeno revolucionario francés y, ya en España y siguiendo a aquélla, desde el mismo inicio de la contemporaneidad de esta nación.

Siguiendo lo dicho hace años por Alice Gérard en su obra en relación a los mitos e interpretaciones sobre la Revolución francesa, el hecho de “dar cuenta de un acontecimiento sorprendente por medio de las actividades ocultas de una minoría perversa y poderosamente organizada será siempre un modo de explicación cómodo y popular, tanto por su simplismo como por la indefinida posibilidad de introducir desarrollos novelescos”⁹ De ahí que, ante la estupefacción de Europa por lo vertiginoso de los cambios revolucionarios que se sucedían en Francia, apareciesen en seguida opúsculos y libros de carácter literario o histórico, “explicando” los acontecimientos revolucionarios, partiendo de la teoría por la cual toda esa cruenta fenomenología de la revolución salía de un misterioso complot pergeñado en la oscuridad por las logias masónicas.

Además, como descubre la profesora Gérard, ya antes de 1789 existía algo así como una peculiar tradición de entreverar en una especie de complicado y arcano contubernio a los ilustrados *philosophes* con la masonería, los jesuitas, y hasta con los míticos templarios.¹⁰ Sobre este punto tan interesante de la historiografía complotista en torno a la Revolución francesa, el profesor de la Université Paris-Sorbonne Charles Porset nos abre todavía más el campo de investigación al retrotraer las fechas citadas a los comienzos del Siglo de las Luces, descubriendo que en esta tradición de la oculta confabulación subversiva, hasta llegar a los masones, los distintos autores seguidores de este género habían colocado antes en su lugar a los “filósofos”, a los jansenistas y a los protestantes.¹¹

Puede decirse que, desde 1790, la novelesca idea de la conjura masónico-jacobina va a inundar con sus tintas las cajas tipográficas europeas, llegando a representar este mito el eje principal de toda la tradición historiográfica contrarrevolucionaria del siglo XIX y, puede decirse también, de buena parte del XX.¹² Estas obras llegaron a representar en su tiempo auténticos best-sellers nacionales, y hasta internacionales, siendo traducidas algunas de ellas a varios idiomas; libros como los de John Robinson, Lefranc, Baruel, etc.

En España este mito complotista gozará de una enorme difusión siendo fomentado y extendido, desde muy pronto, por los medios inquisitoriales y eclesiásticos en general. Obras originales de sacerdotes como Lorenzo Hervás y Panduro y Simón López, o traducciones del celeberrimo libro de Baruel *Memoirs pour servir à l'Histoire du jacobinisme* -que gozará de la friolera de cinco ediciones en sólo dos años (1812-1814)-, serán las que consigan crear todo un auténtico y “moderno” estado de opinión en la minoría instruida -fundamentalmente en la de pensamiento reaccionario, aunque también llegará a cuajar en el liberal-, de aquella vieja metrópoli escindida y convertida en esos momentos en un auténtico campo de batalla para franceses y británicos.

Decimos que ese estado de opinión basado en el mito complotista masónico-jacobino -que, con el tiempo, vendrá a ser en la España de pensamiento avanzado la originaria base conceptual del ya citado *constructo* “liberal-masón” o “militar-liberal-masón”-, se fue consolidando más o menos de la misma manera en la elite cultivada española, tanto fuese de pensamiento político absolutista y por ello contrarrevolucionario como, quizá en menor medida, en la minoría instruida liberal, y que, por todo ello, le otorgó a esa conspiradora forma de ver la historia, una vigencia en el tiempo excesivamente larga debido, como veremos más adelante, al reforzamiento de este mito a partir de la utilización de la masonería por la subversión militar constitucionalista española en pleno Sexenio negro, y a su espectacular triunfo de 1820, así como a la lógica proyección internacional que esta nueva técnica de golpe de Estado va a tener desde entonces.

De todo lo dicho se desprende la conclusión de que, desde el Trienio constitucional y, que sepamos, durante los periodos de libertad de asociación o permisividad por parte del Estado con relación a las sociedades masónicas, una zona de

los cuerpos armados españoles que, por lo general, creemos minoritaria, mantendrá hasta la dictadura de Franco, la pertenencia a la francmasonería entendiéndola como parte de su vieja y acrisolada tradición corporativa y coherente complemento de su adscripción ideológica o, dicho de otra manera, como lógica y simbólica reafirmación de su ideario progresista y de su oficio de militar, manteniendo a través de las distintas generaciones hasta el franquismo ese bienquerido *constructo* de “militar, liberal y masón”, personificada en sobresalientes personajes históricos como Lacy, Riego, Mina, Prim, etc.

LA HISTORIA ESPAÑOLA Y LA FRANCMASONERÍA

La historia en la vieja metrópoli imperial española de esta particular forma de sociabilidad, genuinamente británica, y de clara y estatutaria práctica de democracia interna desde su mismo inicio histórico en 1717¹³, abarca hasta hoy cuatro períodos conocidos:

Un inicial estadio de claro auspiciamiento francés caracterizado por la abundante existencia de logias militares que, *grosso modo*, abarcará el complejo periodo conocido que va, desde el mismo inicio del siglo XIX hasta, aproximadamente, el Trienio constitucional.

Periodo este que contemplará el final del reinado de Carlos IV, con logias como la de Brest de 1801 y la de Cádiz de 1807, la Guerra de independencia, donde encontraremos, desde las inevitables logias militares bonapartistas y, posiblemente, también británicas -recuérdese que muchos oficiales del ejército británico eran reputados masones como Wellington o Moore- hasta la primera obediencia española de la historia, la afrancesada Gran Logia Nacional de España y, ya entre el final de la guerra y el Sexenio Negro, una masonería española liberal, patriota y hasta subversiva, terminando esta problemática y complejísima etapa histórica con la poco conocida masonería del Trienio constitucional.

Un segundo estadio -denominado por los masonólogos españoles como la “edad de oro de la masonería española”- que irá desde la Revolución setembrina hasta el año del Desastre colonial. Periodo muy fructífero que se iniciará con las logias clandestinas prerrevolucionarias del final de la Era isabelina, la fuerte eclosión de la politizada y numerosa masonería del Sexenio revolucionario y la, mayoritariamente republicana -por lo general zorrillista- masonería de la Primera restauración borbónica.

Un tercer periodo iniciará su renovada singladura histórica, desde la precariedad, a inicios del siglo XX, después de que aquella ilusionada y politizada masonería de la llamada edad dorada, pasase por un generalizado y desencantado proceso de incontrolada disolución debido, por un lado, al descontento interno de la denominada masonería simbólica, periférica o “de provincias”, con respecto al omnímodo dominio que, sobre ella, ejercían los grandes orientes madrileños, y, por otro, a la poderosa campaña de persecución llevada a cabo por el gobierno de Cánovas, la Iglesia católica, una zona de la prensa y hasta la propia Justicia, al creer o juzgar a la masonería española involucrada o cómplice en la insurrección independentista de Cuba y, sobre todo, en el movimiento “filibustero” de Filipinas.

Superada esta profunda crisis finisecular el hiramismo español se reorganizará -a pesar de momentos de cierta zozobra como fueron los años de la Dictadura de Primo-, llegando a gozar de un feliz momento republicano, no exento de fuertes embates como la profunda crisis interna sufrida, desde el inicio del Bienio negro, entre masones azañistas y lerrouxistas, acabando esta pugna con la exclusión o abandono voluntario de los segundos y la «izquierdización», cada vez menos disimulada, de esta sociedad secreta.¹⁴

Durante la Segunda república, como decimos, la masonería no se podrá sustraer al fuerte proceso de radicalización política que sufrirá la sociedad española, involucrándose exageradamente con el flamante régimen republicano, al intentar representar, en excesivas ocasiones, un papel harto semejante a un discreto grupo de presión neocaciquil, buscando un simbiótico servicio con los dos gobiernos izquierdistas de la república.¹⁵ Terminará este periodo, como ya es de todos conocido, con la total desaparición de esta forma de sociabilidad en suelo nacional por medio de la cruel represión llevada a cabo por la Dictadura de Franco, desde el mismo inicio de la guerra civil.

El último estadio de esta historia principiará con los inicios de la llamada Transición, llegando hasta nuestros días. Se trata, entonces, de una etapa todavía abierta en la que la precariedad, la falta casi completa de discreción, la generalizada mediocridad personal de sus miembros, el exagerado afán de notoriedad de sus dirigentes, y la división y hasta el enfrentamiento entre las obediencias masónicas, serán las características identificativas de esta masonería que, en veinticinco años de vigencia, no ha podido superar jamás el tercer millar de afiliados.

EJÉRCITO Y MASONERÍA EN LA QUIEBRA DEL ANTIGUO RÉGIMEN ESPAÑOL

Retomamos ahora al inicio del curso histórico de esta forma de sociabilidad en España, subrayando el hecho significativo de que la auténtica historia de la masonería española se inicia, curiosamente, con una logia exclusivamente militar auspiciada por la francmasonería gala. Nos referimos a la denominada *La Reunión Española*, con sede en la ciudad francesa de Brest, corriendo el año de 1801.¹⁶ Decimos auténtica historia dado que, tanto la efímera logia madrileña fundada por el Duque de Wharton en 1728, como las también británicas de Gibraltar y de Menorca, no pueden considerarse, en pureza, españolas.

La logia de Brest estaba compuesta, como toda logia militar, por oficiales y “asimilados”, en este caso particular, de la armada española. Al disolverse este «taller» en abril del año siguiente, los miembros de esta sociedad decidieron llevar a España esta anatemizada forma de sociabilidad, logrando su empeño en Cádiz y, más tarde y que sepamos, en A Coruña.

Con la invasión bonapartista que da inicio a la Guerra de independencia, España se verá dividida en dos grandes zonas, por un lado la juntista España patriota de las Cortes de Cádiz que prohibirá la masonería al asociarla a la francesada y, por otro lado, la España administrada por la monarquía josefina, donde la masonería gozará por primera vez en esta nación de total libertad y, lo que es más, de total protección por parte del nuevo Estado, cuya jefatura además; es decir, José I, será el Gran Maestro de la Gran Logia Nacional de España. Esta obediencia compartirá con el Gran Oriente de Francia la existencia masónica en la versátil territorialidad de su reino, al depender las numerosas logias militares bonapartistas de esta obediencia francesa que, curiosamente, años atrás, también había tenido a José Bonaparte como Gran Maestro. En estos bélicos años no se pueden olvidar a los oficiales prisioneros españoles -como Riego, Espinosa de los Monteros, Fernández San Miguel, etc.,-, británicos y franceses que, en sus respectivos campos de concentración se dejaron iniciar o, siendo ya «hermanos», se organizaron en logias en sus obligados y aburridos «destinos» de Francia, Menorca, Mallorca, etc.

Más tarde, cuando el derrotado ejército francés abandona el suelo español y Fernando regresa y comienza su inesperada «caza de brujas» contra liberales y masones, aparecerá un nuevo tipo de masonería española fruto de la influencia o proyección cultural que el masonismo bonapartista francés había dejado en España. Conocemos

hasta ahora dos sociedades de estas características, las dos con sede en la liberal ciudad de A Coruña, la segunda sucederá a la primera por razones de estricta seguridad, dada la clandestinidad en la que vivieron estas dos logias.

La primera, fundada en 1814, la intitulada *Logia Constitucional de la Reunión Española*, contrae en sí misma una serie de trascendentales singularidades como, por ejemplo, la antiestatutaria calificación política de su propio título distintivo: «*Constitucional-ista*»; o sea, seguidora y militante de la Constitución española de 1812. Primer y único caso conocido en toda la historia universal de la masonería en el que una logia olvida ostentadamente una de las principales obligaciones de las célebres *Constitutions* de Anderson que, taxativamente, prohíben cualquier tipo de influencia política en la masonería.

Este «taller» dirigido curiosamente por el francés Pierre Alexandre Auber, llegado a España con las tropas bonapartistas como funcionario de los hospitales militares y ascendido y asimilado a la afrancesada Administración del Estado josefino con el rimbombante cargo de Jefe de Contabilidad de la Administración Central del Hospital del Ejército Español, va a estar compuesto, mayoritaria y paradójicamente, por militares y civiles liberales *patriotas* como Marcelino Calero, Sebastián Iguereta, el capellán de la armada que había sido iniciado en Brest Salvador Daroca, nada menos que el recientemente cesado capitán general del Reino de Galicia Luis Lacy, los capitanes del ejército español Joaquín Domínguez, Domingo Aldanesi, Carlos Balassa, Joaquín de Aldecoa, Benito María Labora, así como otros miembros del ejército español patriota. Un poco más tarde, en 1816, se unirán a esta logia liberal otros oficiales del ejército español, poseyendo éstos llamativos altos grados masónicos y habiendo sido iniciados algunos de ellos -como, seguramente, también le pasó a Rafael del Riego-, por la masonería francesa en sus obligadas estadías francesas en los campos de prisioneros.

Al año siguiente, esta numerosa logia coruñesa que recogía con su denominación la tradición masónica española iniciada por la logia de Brest, se va a reconvertir en una pequeña y secretísima logia militar de artilleros formada por esos «hermanos» de altos grados, llegados el año anterior. El título que le darán al «taller» en esta ocasión, recogerá la vieja tradición revolucionaria francesa de los clubes políticos: *Los Amigos del Orden*.

Lo más sorprendente de todo lo que le deparó su primera obra de oficio a aquel investigador que, hace más de veinte años, realizaba sobre estos temas su Tesis de Licenciatura,¹⁷ fue descubrir con estupor que las tres «luces»; es decir, los tres cargos o «dignidades» más importantes de esta discretísima y reducidísima logia militar eran, nada más y nada menos, los oficiales artilleros que habían planificado, desde 1817 -o sea, desde la fundación de su singular «taller»- y realizado victoriosamente, el 21 de febrero de 1820, el golpe de mano incruento de la toma de la Capitanía general de A Coruña y la posterior entrega de armas a los civiles involucrados en esta conspiración constitucionalista, llevada a cabo, como se recordará, para apoyar el ya casi extinto grito de Riego en Las Cabezas. Era la primera vez que en la historiografía española, se podía demostrar -por medio de los correspondientes documentos originales- que, en este caso particular, el tan manido mito complotista tenía ciertos visos de verosimilitud. La metodológicamente jamás contrastada afirmación -de base exclusivamente literaria y «mitológica»-, tantas veces repetida, tanto por la historiografía liberal como por la conservadora y clerical hasta la actualidad, de que el advenimiento del Trienio era obra de liberales organizados en logias masónicas para poder sobrevivir en la clandestinidad, era completamente cierta.

A partir del advenimiento del Trienio constitucional y de la enorme repercusión internacional que este triunfo del liberalismo poseyó en plena Restauración salida del Congreso de Viena, se fue forjando el anteriormente citado arquetipo «*militar-liberal*-

masón» con una amplia proyección, no solo nacional, sino también internacional. Así, este arquetipo revolucionario desarrollado por los militares masones del Sexenio negro español, será remedado por los «vintistas» portugueses o los decembristas rusos, teniendo in mente todos estos representantes de la subversión liberal europea el ejemplo de la universalmente celebrada *Spanish Revolution* de 1820.

LA EDAD DORADA DEL HIRAMISMO ESPAÑOL EN LOS AMBIENTES MILITARES

Más o menos todo parece indicar que, desde el mismo Trienio, la masonería española, sin perder el prestigio que le había otorgado el triunfo de la conspiración de Riego y los artilleros coruñeses, se fue quedando, paulatinamente, sin la importancia o influencia política que, en teoría, le hubiera correspondido. La causa de todo esto fue debida, fundamentalmente, a las típicas cuestiones de operatividad que la propia estructura orgánica de esta sociedad secreta impone.

La masonería o hiramismo no les valía ya a los revolucionarios para poder «hacer triunfar» popularmente su revolución; es decir, una vez jurada la Constitución por Fernando, los liberales tenían que proyectar - difundir, explicar y convencer- el significado de su revolución socialmente, para así poder extender la reducida base de apoyo popular que poseían; y aquella secreta y misteriosa organización, excelentemente utilizada para representar el papel de clandestina vanguardia revolucionaria, no les servía ya por las obvias cuestiones comentadas.

Nada más saborear las recobradas libertades, aquellos victoriosos y exultantes liberales con enormes y casi infantiles ganas de hacer conocer todos los prolegómenos y detalles de su conspiración,¹⁸ crearon *ex novo* para la politología universal, una nueva estructura institucional de sociabilidad política abierta completamente a la calle: la denominada Sociedad patriótica. Recordemos que una de las más relevantes sociedades de este tipo se denominó -en honor a la logia coruñesa que había posibilitado que el grito de Riego no quedase para la historia como un truncado pronunciamiento más- «Los Amigos del Orden»,¹⁹ muy pronto conocida sólo por el nombre del café donde se reunía: La Fontana de Oro.

Poco a poco, aquellos liberales, necesitando estructuras orgánicas más discretas para su primitiva práctica política, inventaron, partiendo del remedo de la masonería, sociedades secretas como los comuneros, los anilleros, etc. Desde el club político de la Revolución francesa, la logia masónica española del Sexenio negro, las sociedades patrióticas y secretas del Trienio liberal, el carbonarismo, ..., al partido político moderno aún le faltaba por superar algún que otro tramo en su evolución histórica -como inteligentemente intuyó, desde la cárcel, Antonio Gramsci- para llegar a su auténtica realidad existencial.

Tanto del Segundo periodo absolutista como de la Era isabelina tenemos los masonólogos españoles muy poca constancia documental de la existencia de masonería. La fuerte persecución policial -respaldada por el correspondiente soporte legal- efectuada contra ella en estos dos periodos de la historia española, impidió el desenvolvimiento generalizado de esta particular forma de sociabilidad burguesa.

Además, nos consta que para conspirar contra el moderantismo, los militares y civiles progresistas tuvieron estructuras de organización secretas completamente alejadas de cualquier atisbo o recuerdo de francmasonería, para algo, al fin y al cabo, habían servido las sociedades secretas del Trienio. Puede decirse que la única y remota influencia de masonería en estas cédulas revolucionarias del progresismo, fue seguir utilizando la costumbre masónica española y portuguesa -iniciada por la ya citada logia militar coruñesa del Sexenio negro- del nombre simbólico o de guerra como método de supervivencia en la clandestinidad.²⁰

Al mismo tiempo que nos llegan las referencias en relación a la existencia de las denominadas juntas revolucionarias de la subversión progresista liderada por el célebre masón español Juan Prim y Prats, volvemos a tener noticias de nuevo de la presencia de logias masónicas en España. En muchos de los distintos casos estudiados, hemos comprobado que, una vez victorioso el golpe de Estado de Prim, en las juntas revolucionarias que ahora van a pasar de la clandestinidad a la pública institucionalización, hallamos a muchos sujetos de esa historia que, tanto estarán componiendo dichas juntas como también serán parte activa de las logias de esa localidad o esa provincia.²¹

El nuevo régimen salido de la Revolución setembrina de aquel decimonónico Sesenta y ocho, decretará muy pronto la libertad de asociación y, a su calor, y hasta los años del Desastre colonial, comprobaremos cómo fructificará por doquier -tanto en capitales de provincia como en infinidad de villas y pequeñas entidades de población- una enorme profusión de logias con un elevado número de miembros, mayoritariamente civiles aunque también con una nada pequeña porción del mundo militar que, por lo general, poseerá idearios progresistas o republicanos.

Como recuerda el profesor Cardona, «la revolución de 1868 supuso el triunfo del liberalismo militar y la conversión de Prim, en árbitro del poder. Hasta que el progresismo militar fue arruinado por el asesinato del general y el enfrentamiento entre el federalismo y el Ejército. Los oficiales se decantaron hacia posturas más conservadoras, impulsados por un sentimiento de defensa corporativa.»²² Esta última afirmación de Gabriel Cardona resulta una tarea muy difícil de comprobar para el masonólogo. En los cuadros logiales de los, en muchas ocasiones, masificados «talleres» de este periodo, abunda sobre todo el elemento civil pero también encontramos una representación de individuos pertenecientes a la oficialidad, suboficialidad y miembros de la administración militar, tanto de la armada como de los distintos cuerpos del ejército español.

Tomemos como ejemplo, siempre estimativo, la estadística ofrecida por el Grande Oriente Nacional de España en 1882. De los 14.358 miembros activos que decía poseer en ese momento dicha obediencia, 1.094 eran «oficiales superiores y militares de todas clases»; es decir, el 7,61 por ciento del total de la obediencia, siendo el monto socioprofesional de «magistrados, jueces, fiscales y abogados» de 1.033.²³

En cuanto a la oficialidad, hay que decir que, *grosso modo*, se puede apreciar un descenso paulatino en la presencia logial de los altos grados del escalafón militar, presencia de la alta graduación militar que, durante este periodo, no será nunca abundante salvo, quizás, algunos casos de destacados miembros de la armada, dominando, entonces, mayoritariamente, los grados medios como capitanes y tenientes, amén de la suboficialidad.

El motivo de todo esto lo desconocemos, aunque podemos apuntar varias conjeturas plausibles: la derechización de la oficialidad apuntada por Cardona, a medida que avanza el caótico y cada vez más radicalizado Sexenio revolucionario; el proceso de tímida, aunque progresiva, proletarización del hiramismo de estos años, sobre todo entrada ya la Restauración borbónica y que, a pesar del estatutariamente exigido igualitarismo social masónico, haría incómoda la presencia de cualquier alto grado militar en ciertas logias al tener que sociabilizarse «entre tanto paisano de tropa»; y el conocido hecho de la muda persecución de una buena parte de estos numantinos militares zorrillistas que sufrieron en su carrera el duro castigo de la congelación de los ascensos, fácilmente constatable en la documentación conservada de los años ochenta y noventa, al encontrar a tanto capitán con más de treinta y cinco años.

Para poder entender a este tipo de masón -preclara y genuina personalización del viejo *constructo* «militar, liberal y masón»-, la historia nos ofrece muchos ejemplos conocidos, otros no tan conocidos, y algunos todavía por conocer.

De los primeros, tenemos a un contumaz y quijotesco militar zorrillista, natural de la ciudad gallega de Betanzos, el célebre general Manuel Villacampa y del Castillo, personificación prototípica y paradigmática del viejo espadón, masón y conspirador republicano; es decir, excelso ejemplo del *imago* del que estamos discursando en este artículo.

Como se recordará, este miembro de la clandestina Asociación Militar Republicana, acaudilló las tropas que, en 1886, proclamaron la república en Madrid, siendo condenado a muerte, conmutada su pena y muriendo en su presidio melillense en 1889, como muy bien ha estudiado nuestro colega Vicente Moga Romero, en su trabajo publicado en los *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*.

De los casos no tan conocidos, ofrecemos un paradigma de militar de la Restauración -fácilmente proclive, además, a ser miembro de la A. M. R.- y que, por lo general, a partir de los sucesos de 1883, será víctima propicia de la persecución, tanto directa (por medio de la detención o de «un destino de destierro») como soterrada (por medio de la ya citada paralización de su gradual carrera militar), nos referimos a la figura de un representante arquetípico de esas sagas familiares que tanto abundaron y abundan todavía hoy en el ejército español.

Se trata del capitán Santiago Gálvez-Cañero Gómez, de sintomático -por comunero- nombre simbólico *Juan de Padilla*. Descendiente de una acrisolada estirpe de militares liberales como el célebre mariscal de campo Teodoro Gálvez Cañero o de aquel Santiago Gálvez Cañero, miembro de la Sociedad patriótica de Lucena en pleno Trienio liberal, estudiado por el profesor Gil Novales,²⁴ este culto militar, convencido republicano, poseerá una amplísima y fructífera «carrera» masónica. Incansable fundador de logias por diferentes lugares de la geografía española a donde era destinado, poseedor de los grados masónicos más elevados, reputado publicista en prensa masónica y republicana, sufrirá en 1883 la persecución, posiblemente por su pertenencia a la ya citada A. M. R., donde «...por una vil delación fue disuelta su logia y él encarcelado y procesado juntamente con sus hermanos Julio y Enrique y otros dignos obreros de dicho taller.»²⁵

Todo esto que narramos habiendo sucedido en la villa logroñesa de Calahorra, justo un mes antes de que la conspiración efectuada por la zorrillista Asociación Militar Republicana diese su primer intento de golpe de Estado con las sublevaciones cruel y expeditivamente abortadas de Badajoz, Santo Domingo de la Calzada y de La Seu de Urgell. Morirá el «hermano» *Juan de Padilla* en Valladolid en 1894, a los cuarenta años y con el grado de capitán.

EJÉRCITO Y MASONERÍA EN LA PROFUNDA CRISIS GENERAL ESPAÑOLA DEL S. XX

De los muchos naufragios políticos, económicos y sociales que tan abundantemente jalonan la historia contemporánea española, la gran crisis del siglo XX va a ser, con mucho, la etapa indudablemente más compleja y traumática. El masonismo español, como discreta forma de sociabilidad dentro de esa atribulada y quebrada sociedad, no podrá sustraerse a ser un, más pasivo que activo, sujeto histórico inmerso en esos críticos acontecimientos.

Llega el ejército español al siglo XX con los viejos vicios que irá arrastrando desde la misma Guerra de la independencia: un abultadísimo número de perezosos

oficiales que, tradicionalmente, venía haciendo dejación de su labor cuartelera, permitiendo que la realizase la siempre agraviada y despreciada suboficialidad; un prepotente, poderoso y pandémico corporativismo; obsolescencia total en cuanto a la formación y a los medios; y una periclitada e hiperelitista mentalidad «caballeresca» de su oficialidad que le pulsionaba a exteriorizar, constantemente, un total desprecio por todo lo que representase el ámbito «paisano» y político.

En cuanto a la masonería, su profunda crisis finisecular la mantuvo inicialmente en una situación de total precariedad hasta el segundo decenio del nuevo siglo, momento éste en que comenzará a gozar de un imparable desarrollo, recobrando viejos prestigios en cuanto a su proyección cultural en medios sociales como la clase media de tradición familiar liberal, y los ambientes de la intelectualidad y de la política críticos con el caciquil y decadente sistema canovista. Es aquí cuando comienza de nuevo a apreciarse la presencia militar en algunas logias.

En estos momentos previos a la Dictadura militar de Primo, hallamos ya con frecuencia oficiales del ejército en muchos «talleres» de la geografía nacional y en las logias del Protectorado Español de Marruecos, nada menos que dos militares eran los grandes maestros de las grandes logias regionales del sur (Fermín Zayas) y del sudeste (Ángel Rizo).²⁶ El descontento se iba generalizando en el ejército volviendo a aflorar, cada vez con mayor fuerza, el decimonónico militarismo.

Con la Dictadura de Primo el difícil equilibrio que siempre padeció el sistema inventado por Cánovas se perdió para siempre. Aquel viejo y chabacano espadón de Primo de Rivera intentó remendar el irremendable, por excesivamente gastado, tejido estatal de la monarquía alfonsina, convirtiendo a la nación en una especie de campamento militar comandado por esperpénticos militares católicos y nacionalistas a la vieja usanza, algo que, por desgracia, sentará un aciago precedente de intervencionismo integral del ejército en la vida social y política del país y que, durante el siglo, volverá a repetirse en plena Segunda república, a partir de octubre de 1934, y, de nuevo, y en esta ocasión de una manera radical -por la profundidad de la intervención y la largura cronológica del régimen-, a partir de 1936/39.

Al permitir el rey esta atípica e inconstitucional salida militarista, abrió con ello la veda para que cualquier intrépido militar salvapatrias se sintiese lo suficientemente envalentonado e intentase probar fortuna en el viejo juego de las conspiraciones y los pronunciamientos.

En estos momentos en los que la gran zona del ejército correspondiente a la oficialidad conservadora se sentía hasta cierto punto reconfortada por tener al autoritario y militarista espadón de Primo dirigiendo el país, sobre todo después de la desazón que había experimentado esta poderosa y engreída elite social por lo que creía se le iba a venir encima con el debate sobre las responsabilidades del desastre de Annual y el cada vez más poderoso antimilitarismo social y político, una porción de la milicia de tradición liberal -o exenta de esa tradición por su origen social popular como fue el llamativo ejemplo de los maquinistas, radiotelegrafistas y otros cuerpos auxiliares de la armada enrolados por el incansable proselitismo masónico de Ángel Rizo-, comenzó a solicitar su iniciación en las logias. Fueron muchos en número y en importancia por su graduación y carreras. Estos oficiales entraban en las logias motivados, en la mayoría de los casos, por una fuerte animadversión hacia la no muy agradable personalidad del viejo espadón, su política militarista y clerical, y por un sentimiento de necesidad de regeneración del caduco sistema monárquico. Generales, coroneles, capitanes, ... Apellidos como López Ochoa, masón desde 1917, que hará resucitar el viejo y zorrillista nombre de la Asociación Militar Republicana dándoselo a la clandestina organización que va a vertebrar, Riquelme, Casado, Núñez de Prado, Oraad, Gómez Morato, Cabanellas, Galán, Ramón Franco...

Llegada la república, y a pesar de la ley de Azaña, la tentación militarista siguió viva en muchas cabezas de espadones como el monárquico Sanjurjo, que se pronunció en agosto de 1932. De todas formas, el ejército parecerá más o menos adormecido políticamente hasta la llamada revolución de octubre de 1934, movimiento insurreccional que llegaría a conmocionar a toda la nación. A partir de aquí y debido al poder que experimentaron los militares, volviendo a sentirse imprescindibles para la «salvación de la Patria», la revancha contra el izquierdismo en general estaba ahora servida en el campo de los militares conservadores, sólo hubo que esperar al triunfo electoral de febrero de 1936.

Ya en plena guerra civil y con respecto a la represión desatada contra la masonería en los territorios dominados por los nacionalistas de Franco, el investigador volverá a sorprenderse de nuevo, debido al corporativista trato que el mismo caudillo y sus colegas de «alzamiento» -como su amigo Camilo Alonso Vega-, van a manifestar con muchos compañeros de armas que, habiendo sido masones -y hasta conocidos izquierdistas-, pero habiéndose sumado al «Glorioso Alzamiento Nacional» desde un principio, pasaron por un sencillo y rápido «Tribunal de Honor», siendo sorprendentemente «perdonados» de su «pasada equivocación».

Los tribunales de honor estaban contemplados en la celeberrima Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo, con el fin, exclusivo, de procesar a los aforados miembros de los cuerpos armados, como fue, por ejemplo, lo que le sucedió al militar gallego José Galán Fontenla, masón e izquierdista destacado en el provinciano ambiente de la ciudad de Ourense en tiempos de la Segunda república. Una vez terminada la guerra, y después de pasar por el mero trámite del correspondiente tribunal de honor, al capitán Galán se le abrió proceso por el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo y, curiosa y paradójicamente, salió indemne de todo este peligroso affaire, gracias a la intersección del mismísimo amigo personal de Franco, el general subsecretario del Ministerio del Ejército Camilo Alonso Vega que, de forma drástica y bronca, defendió personalmente a Galán ante el Presidente del T. E. R. M. C.²⁷

NOTAS

1: ANDRADE, J. DE. [seudónimo de Francisco Franco Bahamonde] *Raza. (Anecdotario para el guión de una película)*. Barcelona, Planeta, 1997, p. 49. Citado por: MORALES RUIZ, J.J. «La crisis del 98 en el discurso antimasonico. *Raza*, el guión que escribió Franco», en (FERRER BENIMELI, J. A., coord.). *La masonería española y la crisis colonial del 98*. T. II. Zaragoza, Centro de estudios Históricos de la Masonería Española, 1999, pp. 651-680.

2: FRANCO BAHAMONDE, F. (J: BOOR). *Masonería*. Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1982, p.101.

3: *Ibíd.*, p. 317.

4: *Ibíd.*

5: PAYNE, S.G. *Los militares y la política en la España contemporánea*. (S.l.: París), Ruedo Ibérico, 1968, p. 27.

6: *Ibíd.*, pp. 318-319.

7: *Ibíd.*, p. 319.

8: *Vid.*: VALÍN FERNÁNDEZ, A. J. «Revisión metodológica de la tradicional tesis de nuestra historiografía sobre la denominada conspiración masónica del Sexenio Negro», en *MINIUS. Revista do Departamento de Historia, Arte e Xeografía*. Universidade de Vigo, año I, nº 1, pp. 49-55. *Vide*, también del mismo autor: *Galicia y la masonería en el siglo XIX*. Sada (A Coruña), Edición do Castro, 1991. (2ª ed.), pp. 32-58; «Masonería y movimiento liberal en la sublevación coruñesa de 1820, en apoyo del pronunciamiento de Rafael del Riego», en (GIL NOVALES, A., ed.) *Ejército, pueblo y Constitución. Homenaje al general Rafael del Riego*. Madrid, Anejos de la revista TRIENIO, 1988, pp. 157-179.

9: GÉRARD, A. *Mitos de la Revolución francesa*. Barcelona, Península, 1973, p. 30.

10: *Ibíd.*, p. 31.

11: PORSET, Ch. «Genealogía del <complot> masónico», en (FERRER BENIMELI, J.A., coord.) *Masonería, revolución y reacción*. T. I. Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1990, pp. 338..

12: Como aclara el profesor Aróstegui, «lo que luego se ha llamado *visión conspirativa de la Historia* tiene, como se sabe, su aparición primigenia en Barruel y una continuación clara en los antiilustrados españoles y en el pensamiento político antiliberal que llega, nada menos, que hasta la cultura política oficial del franquismo.» Cfr.: AROSTEGUI, J. «La contrarrevolución española en el contexto de la contrarrevolución en Europa», en (FERRER BENIMELI, J.A., coord.) *Masonería, revolución, ... Op.cit.*, T. II., p. 592.

13: Para una aproximación al estudio antropológico e histórico de la masonería, véase: VALÍN FERNÁNDEZ, A. «La masonería, una discreta forma de sociabilidad democrática», en (VALÍN, A., dir.) *La sociabilidad en la historia contemporánea. reflexiones teóricas y ejercicios de análisis*. Ourense, Duen de Bux, 2001, pp. 74-96.

14: Sobre este tema, véase.: GÓMEZ MOLLEDA, M.D.. *La masonería en la crisis española del siglo XX*.. Madrid, Taurus, 1986, pp. 427-511.

15: En relación a esta todavía polémica cuestión historiográfica, *vide.*: VALÍN FERNÁNDEZ, A. J. V. *Laicismo, educación y represión en el España del siglo XX*. (Ourense, 1909-1936/1939). Sada (A Coruña), Edición do Castro, 1993, pp. 235-24.

16: DEMERSON, G. «Une loge maçonnique à Brest en 1801-1802 <La Reunión Española>», en *Bulletín Hispanique*. T. LVII, (1955), pp. 375-400.

17: *Vid.*: VALÍN FERNÁNDEZ, A. J. V. *La masonería y La Coruña. Introducción a la historia de la masonería gallega*. Vigo (Pontevedra), Edicións Xerais de Galicia, 1984.

18: Sobre este tema, la lectura del relato del artillero José de Urcullu -publicado por el masón coruñés Sebastián Iguereta- resulta paradigmática, *vid.*: URCULLU, J. DE. *Relación histórica de los acontecimientos más principales ocurridos en la Coruña, y en otros puntos de Galicia en Febrero y Marzo de este año, con el objeto de restablecer la Constitución política de la Monarquía Española, que felizmente rige*. A Coruña, Imprenta de Iguereta, 1820.

19: ALCALÁ GALIANO, A. *Recuerdos de un anciano*. Madrid, Librería de Perlado, Páez y Cía., 1913, p. 336.

20: Un ejemplo de todo esto lo ofrecemos en nuestra propia tesis doctoral, *vid.*: VALÍN FERNÁNDEZ, A. J. V. *Galicia y la masonería en el siglo XIX*. *Op. cit.*, pp. 64-65.

21: *Ibíd.*, pp. 72-74.

22: CARDONA, G. «Las disidencias militares en la crisis del Estado», en (FERRER BENIMELI, J.A., coord.). *La masonería en la España del siglo XX.* T. II, p. 891.

23: Cfr.: FERRER BENIMELI, J. A. *Masonería española contemporánea. Vol. 2. Desde 1868 hasta nuestros días.* Madrid, Siglo XXI, 1980, p.10.

24: GIL NOVALES, A. *Las Sociedades patrióticas (1820-1823). Las libertades de expresión y de reunión en el origen de los partidos políticos.* Madrid, Tecnos, 1975, p. 829.

25: *Boletín de Procedimientos*, nº 17, año VI, de 14 de setiembre de 1894, pp. 6-7.

26: *Infra*, nota 22, p. 896.

27: *Vid.*: VALÍN FERNÁNDEZ, A. J. V. *Laicismo, educación y represión en la España del siglo XX.* Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 1993, pp. 134-138.